

los 143.308 empleos que había en la provincia de Cáceres (poco más del 34 por cada cien habitantes), 67.204 estuvieran en el campo, es un dato para el pesimismo.

En toda España, Cáceres incluida, el número de empleos era de 13.142.200 (más de 36 por cada cien habitantes) y de ellos sólo 2.799.288 estaban en el terreno de lo agrario: el 21,3 %, menos de la mitad del porcentaje que tenía Cáceres.

La producción agraria cacereña de 1977, comparada con las de valor aproximado, fue inferior con respecto a Alicante, Barcelona, Burgos, Ciudad Real, Granada, Huesca, León, Lugo, Málaga, Navarra, Pontevedra y Valladolid, trece provincias en total, y superior, en cifras absolutas en relación a Alava, Albacete, Avila, Baleares, Castellón, Gerona, Guadalupe, Guipúzcoa, Huelva, Logroño, Madrid, Orense, Las Palmas, Salamanca, Santa Cruz de Tenerife, Santander, Segovia, Soria, Tarragona, Teruel, Vizcaya y Zamora, veintidós provincias.

El resto de las no citadas, dieciseis en total, arrojaron producciones agrarias superiores a la cacereña en no menos del cincuenta por ciento.

Pero sólo Badajoz, La Coruña, Granada, León, Lugo, Murcia, Orense, Oviedo, Pontevedra, Sevilla y Valencia, once provincias, ofrecían en términos absolutos más empleos agrarios que Cáceres. Y nada más que siete, Almería, Badajoz, Cuenca, León, Lugo, Orense y Zamora tenían más alto porcentaje de población activa en la economía agraria.

Y por debajo de los costos por asalariado de la provincia de Cáceres, únicamente Córdoba, Huelva y Jaén.

Y en cuanto al valor añadido bruto por empleo del sector, Cáceres, con 198.000 pesetas, estaba por debajo de Alava, Alicante, Almería, Barcelona, Burgos, Cádiz, Castellón, Cuenca, Gerona, Guadalupe, Huesca, Lérida, Logroño, Murcia, Navarra, Palencia, Segovia, Sevilla, Soria, Tarragona, Teruel, Toledo,

Valencia, Valladolid, Vizcaya y Zaragoza, veintiseis provincias, cuyas cifras van desde las 300.000 de Murcia y Sevilla a las 698.000 de Palencia.

Con costos inferiores figuran La Coruña, Granada, León, Lugo, Orense, Oviedo, Pontevedra y Zamora, nada más que ocho, Zamora a muy poca distancia, con 193.000, y Orense, con 71.000.

En las demás provincias las cifras oscilan entre más de 200.000 y menos de 300.000 pesetas por empleo. La media nacional está en 259.000, un treinta por ciento arriba de Cáceres.

sible una integración satisfactoria.

Lo he pensado siempre: las grandes realizaciones comunitarias vienen de la mano de instituciones que arraigan en la comunidad y actúan más allá de sentimientos emotivos coyunturales o de las intuiciones pasajeras de los soñadores de turno. Privar de instituciones a un grupo humano es privarlo de la capacidad de actuar como grupo. Y en Extremadura se necesitan instituciones nacidas de la comunidad, asumidas como propias, sostenidas por todos. Esas instituciones, con la carga de estabilidad que por definición ellas tienen, aunque no sirvan como plataforma de triunfo a nadie, serán espacios de encuentro donde todos podremos laborar ya por el futuro. La emigración que todos sufrimos y nadie quiere sólo tiene para los extremeños una terapia: ¡El retorno! Pero el retorno sólo se prepara desde aquí. Y esa es nuestra responsabilidad y nuestra tarea; y la de quienes, en colaboración con los que estamos, sueñan con retornar.

Pero ese retorno debe hacerse en apertura. No se trata de convertir Extremadura en un refugio de extremeños cansados o desengañados; ni de soñar con una etnia racista montada sobre particularismo de ningún tipo. Nuestra meta es la Extremadura nueva; una Extremadura que, por haber sido fraguada desde la óptica de un peregrinar duro que sabe mucho de acogidas y de rechazos, sea universal, abierta, tan lejos de los exclusivismos como de los papanatismos, de los caciquismos como de los complejos de inferioridad, de los mimetismos ingenuos como de los imperialismos grandilocuentes.

Como creyente cristiano, testigo cualificado de las inquietudes que suscita la fe en quienes la conservan y viven como un tesoro, no puedo ocultar mi deseo de que esa Extremadura nueva sea cristiana. En el telar de nuestra historia y de nuestra gente están los materiales más ricos aunque modestos para crearla así. La referencia cristiana, sólo los ciegos por prejuicios están impedidos para verlo, es hoy una referencia liberadora, fraternizadora, estimulante. A nadie se le oculta que en nuestros días la Iglesia ha rectificado posiciones y que, en virtud precisamente de su identidad en cuanto portadora de la Buena Noticia de Jesús al mundo, se siente llamada a acompañar a todos los hombres en sus singladuras de ida o de retorno, ofreciéndoles en cada momento sus tesoros religiosos, ideológicos, humanos y comunitarios. La Iglesia también está llamada a construir Extremadura. Como lo ha estado, con más o menos acierto pero si generosamente, a la hora de acompañar esa masiva y desordenada emigración de los últimos treinta años.

¿Seguimos hablando de provincia, la cacereña, "eminente-mente agraria"...?

¿PROVINCIA "EMINENTEMENTE" AGRARIA? ¿PROVINCIA DECIDIDAMENTE AGRARIA?

Vistas así, por encima, algunas de las cifras de la economía agraria cacereña, a veces en relación con las de otras provincias españolas, de muchas de las cuales nadie diría que son "eminente-mente agraria" (o es que Barcelona o Valencia, por citar dos ejemplos puntas, lo son?), cabe poner en tela de juicio el fu-

La joven temporera y la vendimia francesa

DUERMEN COMO CERDOS, HACINADAS EN BARRACONES



Hacia mediados de septiembre Torre de Santa María se queda sin más de la mitad de sus jóvenes, que se van a trabajar por grupos a la vendimia francesa.

Dos hermanas, Puri y Catalina, una prima de ellas que también se llama Puri, y Paqui, otra de las chicas del pueblo, forman parte de uno de los grupos de trabajadores temporeros que se irán por el 20 de septiembre a Francia. El grupo, de unas quince chicas, recogerá uvas en dos localidades diferentes.

La primera campaña que realizarán será en Biziers, con una jornada de 8 horas: de 7 a 11 por la mañana y de 2 a 6 por la tarde, con un sueldo de 17,65 francos la hora.

El viaje hasta Biziers está pagado; el de vuelta sólo hasta la frontera. En esta primera campaña la comida corre por su cuenta y se la llevan de aquí porque, según Catalina, si la compraran allí les saldría muy cara al cambio. Hasta el momento no han tenido

problemas en la frontera a la hora de pasar comida; lo único que les han prohibido son los embutidos.

Las relaciones con los franceses, tanto con los patronos como con los del pueblo, son nulas. Dice Puri que ellas nunca han tenido interés en mantener contacto con los franceses, ya que sólo están allí de paso (ninguna de las chicas habla francés, aunque casi todas llevan seis o siete años vendimiando en Francia). Sus amigos son todos españoles, bien del pueblo o andaluces, que también hay muchos recogiendo uvas en Biziers.

Biziers es un pueblo pequeño, donde los jóvenes vendimiadores no encuentran ninguna diversión. Sólo hay un teléfono y hasta el tabaco lo tienen que llevar de España.

Las condiciones en que viven son malas. Una habitación para cuatro o cinco; hasta hace dos años, que obligaron a los patronos a hacerlo, no contaban con ser-

turo cacereño sobre la base de que es y tiene que seguir siendo una provincia "eminente-mente agraria", campo y casi nada más que campo, aun con el añadido de esa "progresiva industrialización agraria", de la cual suelen hacer ocasional bandera los políticos que casi nada tienen que abanderar.

Desde los supuestos vigentes, parte de ellos consagrados por la misma Constitución, no hay futuro para una provincia "eminente-mente agraria" si sus cifras, absolutas y relativas, son como las que pesan sobre la provincia de Cáceres. Hay futuro —puede haberlo— para las provincias decididamente agrarias, que no es todavía el caso, pero que cabe la esperanza —?— de que llegue a serlo, de la provincia de Cáceres.

Pero este futuro de provincia "decididamente agraria", del que tan lejos se halla todavía Cáceres, pasa inevitablemente por una honda transformación de las estructuras, que nadie sabe si hay intención de hacer, y por una drástica disminución de la población agraria, que se ha producido y se seguirá produciendo a pesar de todo, en parte —¡qué contradictorio!— porque nada se ha hecho, y no en nuestro beneficio por lo que sí se ha hecho y se seguirá haciendo fuera de aquí, donde son otros los gallos que cantan, otras cosas las que tienen en la garganta.

Es un dato —y no una opinión— que la producción agraria cacereña, que supone nada más que el veinte por ciento de la producción bruta provincial, resulta en cifras absolutas baja, muy baja, para el altísimo porcentaje de brazos que ocupa —más del cuarenta y cuatro por ciento de su población activa—, y es desolador compararla en cifras absolutas, también en relativas, con la de otras provincias españolas; no precisamente agrarias, pero en las cuales el sector primario, con menos incidencia en la producción bruta provincial, aporta cantidades mucho más altas que la cacereña, logrando esto con bastante menos gente.

En Cáceres, además o tam-

bién, los costos por empleo en el sector agrario, sólo parte de los cuales es dinero contante que percibe el trabajador, pan suyo de cada día, siguen siendo ridículos y habría que reirse de ellos si no se pensara que **casi setenta mil cacereños, muchos en su doble condición de empresarios y de trabajadores, ganan menos de 156.000 pesetas anuales**, ingresos inferiores a los que corresponden a un aprendiz de casi cualquier cosa.

También —o además— la producción por empleo en Cáceres está muy por debajo del promedio nacional (más de sesenta mil pesetas es la diferencial) y muy lejos de los valores de otras provincias no "eminente agrarias".

Así, pues, la puesta a punto de una economía agraria que, aparte de competitiva de cara a los mercados nacional y europeo, resulte rentable tanto al empresario como al trabajador por cuenta ajena, exigirá cuando menos una aproximación a las cifras de las provincias españolas que, sin ser agrarias, han logrado que su poco o mucho campo sea fuente de riqueza, para empresarios y trabajadores, y no origen de una endémica pobreza.

Exigirá, en la mayor parte de los casos, sustituir al hombre, que es o debe ser un factor de la producción caro, aunque esté mal retribuido —y si está mal retribuido, será siempre un hombre en trance de huir—, por la máquina o por la racionalización, frecuentemente por ambas cosas a la vez.

Ahora bien, esa exigencia, caso de que hubiera de cumplirse —y de alguna forma involuntaria se está cumpliendo—, pasa por la **reducción de no menos de un cincuenta por ciento de la población laboral activa que ocupa el sector agrario cacereño**. Eso, para poner a la provincia de Cáceres a nivel de los promedios nacionales, que no son los mejores ni constituyen garantía contra nuevos y futuros trasvases.

Si Cáceres, que ha de batirse en el terreno de lo que se llama economía de mercado —tanto tienes, tanto vales—, quiere de-

vicios y tenían que salir a la calle.

La segunda campaña la hacen en Angulema.

El patrón las va a recoger en autobús a Biziers. La jornada laboral es también de ocho horas: de 8 a 12 por la mañana y de 2 a 6 por la tarde. El sueldo es de 75 francos al día, más la comida (casi siempre sopa).

Si en la primera campaña las condiciones de trabajo y descanso son malas, en esta segunda son pésimas. Tienen que recoger las uvas con temperaturas bajísimas, hasta el punto de que cada dos por tres han de tomar café y coñac para poder seguir trabajando. A la hora de descansar, duermen como cerdos, hacinados en barracones, las mujeres a un lado y los hombres en otro (los matrimonios duermen separados). Sin servicios. El patrón tiene unas casas acondicionadas para viviendas de vendimiadores, pero que sólo las utiliza para enseñárselas a algún inspector que vaya por allí.

En ambas campañas trabajan los sábados con un aumento del 25 % y los domingos con el 50. Si se niegan a trabajar uno de estos días, siempre hay alguna cuadrilla (de españoles), dispuesta a trabajar en su lugar.

Según Puri, el máximo problema que se les presenta a la hora de presentar reivindicacio-



nes es la falta de unidad, y el temor a quedarse sin trabajo, pues una vez en Francia no tienen apoyo oficial de ningún tipo.

Cuando a primeros de noviembre vuelven, además del do-

lor de riñones, traen unas 65.000 pts. que, según Catalina, les da para ir tirando todo el año. No sabemos cómo.

María José REBOLLO

Foto: Guerrero

fender su pervivencia agraria, casi exclusivamente agraria, "eminente agraria", en un mundo supra-nacional, europeo, tendrá que llegar a reducir esa mano de obra en alrededor del sesenta o el setenta por ciento.

Reducirla —se viene reduciendo aun sin querer—, sí, pero, ¿para qué? O mejor, ¿para dónde?

Bastante clarificado el para qué, hay que preguntarse aquí, sobre todo, el para dónde. Porque si la reducción se hace sin que se modifiquen las actuales circunstancias —y no llevan camino de modificarse—, a toda esa mano de obra rebotada por una economía agraria insostenible, no le va a quedar otra alternativa que la emigración, "Pacos" en busca de su "don" y de su estatua.

Preguntarse, ante todo y urgentemente, para dónde, porque si esa mano de obra, en lugar de trasvasarse de sector, sigue trasvasándose de territorio, Cáceres está condenada a perder no menos de cien mil habitantes más en un plazo de tiempo relativamente corto, traumática operación que dejará a la provincia sin sangre y sin aliento, sumida ya para siempre en la irreversibilidad en que vive, por desgracia, un altísimo porcentaje de sus pueblos.

¿Y QUE PASARA SI TODO SIGUE IGUAL?

Suponiendo, lo cual no es mucho ni aventurado suponer, que esta base actual de la economía cacereña, la agraria, no se transforme por impulso propio, por convencimiento, por un proceso racionalizador, ocurrirá... lo que ha venido ocurriendo: que las circunstancias la obligarán a transformarse.

Ocurrirá que, en vez de ir por delante, se irá por detrás y a ras-tras. Y si no hay modificación interior, el final será, desde luego, el mismo, pero tendrá por añadidura el amargor de la derrota, ese que sienten todavía algunos, generalmente propietarios que mal sustituyeron al hombre barato que se les iba por la máquina cara, cuando piensan en el emigrante y dicen:

Las emigraciones al extranjero

EN 1976 NINGUN CACEREÑO EMIGRO, DE FORMA NO TEMPORAL, MAS ALLA DE LAS FRONTERAS

Desde muy antiguo es Extremadura una región de hombres transhumantes. En principio hacia América; después, durante las décadas de los años 50 y 60, hacia países europeos más desarrollados; hoy hacia Sudamérica, África del Norte e incluso Australia.

El número de emigrantes ha descendido considerablemente desde el año 1973, año de crisis que afectó a todos los países europeos, mayores receptores de emigrantes extremeños. Sirva de ejemplo el dato de que mientras en el año 1969 emigraron a Alemania y a Holanda 1.400 extremeños, éstos se redujeron a 7 durante el período comprendido entre los años 73 y 74, y a ninguno en el año 76.

Este índice no indica que no exista en este año necesidad de emigrar porque en Extremadura hubiera puestos de trabajo para todos, sino que del extranjero no se reciben ofertas de trabajo, lo que supone un aumento de trabajadores en paro en la región.

En los últimos dos años el número de emigrantes ha sido el siguiente:

Año	N.º emigrantes españoles	N.º emigrantes cacereños
1978	56.743	1.700 de ellos 1.200 temporeros
1979	72.581	1.943 de ellos 1.000 temporeros

Hasta julio de este año hay 457 emigrantes.

Los mayores índices de emigración corresponden a los meses de septiembre y octubre, que coinciden con la temporada de la vendimia en Francia. Para esta ocasión se va toda la familia. Los contratos son para lo que dura la campaña e incluyen alojamiento y comida.

El mayor índice de emigración corresponde a las zonas rurales de la provincia, siendo los principales focos la Sierra de Gata, Nuñomoral, Perales del Puerto, Torre de Santa María, Torremocha, Torregorgaz, Valdefuentes...

Los trabajos que se ofrecen en el extranjero, suelen ser los que no quiere nadie por estar mal pagados y ser los que requieren más esfuerzo. Las ofertas son para peones no cualificados, pues las que exigen titulación son escasas y requieren unas condiciones que muy poca gente reúne, y los que la reúnen no necesitan emigrar porque tienen su trabajo en su lugar de origen.

Siempre se ha tenido a los emigrantes como una fuente de ingresos de divisas. Según esto Extremadura debía ser una de las regiones más ricas, pero es de todos conocido que la realidad es otra, ya que las divisas de los emigrantes se invierten en otras zonas más favorecidas.

Los problemas de todo tipo que se le presentan a los emigrantes en los países extranjeros los resuelve el Ministerio de Trabajo a través de las agregadurías laborales que tiene en las ciudades donde hay un número elevado de emigrantes. Igualmente el Instituto Español de Emigración ayuda a los hijos de emigrantes, concediendo becas